

## Reseñas

OSMAR GONZALES ALVARADO, *Señales sin respuesta. Los Zorros y el Pensamiento Socialista en el Perú, 1968-1989*, Lima, Ediciones Preal, 1999.

El texto de Osmar Gonzales Alvarado trata acerca de un grupo de intelectuales de izquierda, de sus orígenes provincianos, cristianos y de clase media migrante a la capital. Ubicados por el autor como provenientes, en su mayoría, de la llamada “generación del 68” o “del 70” y que prefiere denominarla como postoligárquica, en alusión al fin del orden oligárquico realizado por el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Pero además, y quizá como un feliz efecto no deseado, el trabajo de Osmar Gonzales trasciende de las biografías de sus actores y el contexto peruano de las décadas de los años setenta y ochenta, para hacer un recorrido por la historia de la izquierda peruana contemporánea escrita en los últimos años.

La relación entre intelectuales y política es el principal objetivo en la argumentación del autor. En este sentido, se pregunta por el rol que tuvieron los Zorros<sup>1</sup> y cómo su proyecto de constituirse en intelectuales orgánicos derivó en pugnas y rivalidades que atravesaron a su sujeto político, Izquierda Unida.<sup>2</sup> Como él menciona, “[...] Ésto les representó una doble dificultad en la medida en que también eran militantes y pertenecían a partidos integrantes del frente, por lo tanto eran partícipes de esas pugnas. Pero también eran intelectuales que tenían como propósito imponer su proyecto a la izquierda. En todo caso, o precisamente por ello, la lucha política dentro de aquella se volvió inevitable. Para decirlo con otros términos, no podían prevalecer intelectualmente si no contaban con el control del poder”.

Otro aspecto importante del libro es la reflexión que se hace acerca de cómo la democracia terminó por convencer a la izquierda. Para ello se analiza el discurso de la “nueva izquierda” desde el traumático fin de la guerrilla del año 1965, la experiencia velasquista y, finalmente frente al fanatismo de Sendero Luminoso. Dicho de otra manera, el tránsito del marxismo-leninismo al socialismo democrático. En cuanto a esta evolución existe una afirmación polémica que hace Gonzales y que puede ser la base de futuras investigaciones en torno a la izquierda en el Perú: “En realidad, el

<sup>1</sup> Nombrados así por la revista *El Zorro de Abajo* que fundaron y que tuviera una efímera vida de siete números entre julio del año 1985 y junio de 1997.

<sup>2</sup> El frente político Izquierda Unida (IU) se desintegró en enero del año 1989 y su dispersión allanó el camino para el ascenso al poder de Alberto Fujimori.

velasquismo es la verdadera conciencia de la izquierda y no Sendero Luminoso, como han afirmado algunos, porque representa la posibilidad que no se concretó, en gran parte por la actitud confrontacionista de la izquierda. Esta experiencia quedó hondamente registrada en las mentes de los políticos e intelectuales de izquierda, experiencia que afloró cuando el discurso de Alan García, durante el gobierno del APRA, los emplazó para que lo apoyaran en la profunda transformación del Perú que, según él, estaba realizando. Felizmente para la izquierda, el fracaso de García impidió que el APRA se sumara a sus fantasmas”.

En el plano metodológico, el análisis sociológico desde el punto de vista generacional y su confrontación con el contexto histórico demuestra un importante trabajo de reconstrucción, crítica y análisis que, sin duda, es un aporte a los estudios de la sociología del conocimiento e historia del pensamiento político.

El libro se compone de cinco partes, además de la introducción y las conclusiones. En la primera parte, “Tiempo para aprender”, con base en las entrevistas personales a los intelectuales “Zorros”, relata la infancia y juventud, la experiencia universitaria y el inicio de la militancia izquierdista. El autor pretende identificar algunas marcas de la época que, más allá de diferencias de edades y trayectorias individuales, los identifique como miembros de la generación postoligárquica. Destaca que la formación religiosa, primero, y la vida universitaria, después, son determinantes en la formación intelectual y en la práctica política de los Zorros.

La segunda parte, “Acariciando la revolución”, está dedicada al contexto del surgimiento de la “nueva izquierda” que, siguiendo una trayectoria distinta a los partidos alineados a un bando u otro del movimiento comunista internacional, más específicamente de la disputa sino-soviética, se forja a la sombra de la revolución cubana y los gobiernos militares, pero no por ello menos ideologizada. Son estos tiempos de compromiso militante, de activismo popular y creencia casi religiosa en el destino revolucionario y socialista que los Zorros encuentran, ya sea en el ámbito de la universidad o de los partidos de la nueva izquierda.

Esta “nueva izquierda” se enfrentó a un momento muy peculiar de la historia peruana del siglo xx, el gobierno reformista del general Velasco Alvarado significó un parteaguas en el proceso peruano, canceló el orden oligárquico, amplió los derechos económicos y sociales de las mayorías nacionales. Ante estos hechos los partidos de la nueva izquierda tuvieron que definirse de manera forzosa, las posturas al respecto iban del apoyo crítico a la confrontación directa. Gonzales describe la herencia que legó el velasquismo a la nueva izquierda de la siguiente manera: “[...] La experiencia velasquista había puesto la varilla demasiado alta, más revolución de la que hizo al destruir el orden oligárquico era prácticamente imposible”.

En la tercera parte, “Viviendo el mundo real”, analiza la década de los años ochenta, el mundo ya no era el mismo en el que había surgido y desarrollado la nueva izquierda. El retorno a la democracia había llevado a Belaunde al gobierno por segunda vez (1980), con él vuelven los viejos estilos de gobierno y las reformas velasquistas empiezan a revertirse. La crisis de la deuda aparece y en los países centrales emerge el neoliberalismo (Reagan y Thatcher). Es en este escenario, y sufriendo aún por la fractura del primer intento de la unidad de la izquierda peruana (Alianza Revolucionaria)

itaria de Izquierda, ARI), que los partidos socialistas se aglutinan en un solo frente: Izquierda Unida. Son tiempos de hegemonía cultural y de influencia de la izquierda en el movimiento social pero también de la emergencia del pensamiento de derecha y del inicio de la guerra senderista.<sup>3</sup> Estos turbulentos años ochenta y la participación de los Zorros en el frente político e intelectual están bien narrados por el autor.

La participación política de los partidos de izquierda, ya como IU, en las elecciones municipales del año 1983 llevó a su líder Alfonso Barrantes Lingán a la Alcaldía de Lima. Este triunfo abrió las posibilidades de gobierno para la izquierda y por lo mismo avivó el debate interno entre las fuerzas al interior del frente. Los límites de la polémica fueron: revolución o democracia, y es en este ámbito en el que se ubica realmente la contribución intelectual de los Zorros. Justamente por ello y para ello sale la revista *El Zorro de Abajo*, que congregó a los intelectuales-orgánicos de origen cristiano principalmente.

La búsqueda de identidad y un proyecto socialista acorde con los nuevos tiempos estuvo llena de contradicciones y adversarios. Gonzales es más que elocuente en ese sentido cuando dice: “De este modo, la izquierda siguió encontrando nuevos adversarios en el proceso de construcción de su identidad. Primero, la democracia como sistema político, luego el senderismo, después el gobierno aprista y, finalmente, la nueva derecha política. Sin embargo, los más encarnizados oponentes, se supo después, se encontraban en su interior”.

La cuarta parte, “La marca del zorro”, trata del pensamiento de los Zorros, el mismo que, según el autor, tuvo la peculiaridad de incorporar el problema de la construcción de un nuevo orden dentro de su diagnóstico y su propuesta, valorando el contexto constitucional que vivía el Perú en los años ochenta y entendiéndolo como un logro también de las fuerzas progresistas. Es decir, concebían a la democracia como un ámbito de lucha política que había que ganar, pero dentro de un proyecto socialista.

El autor estudia la revista *El Zorro de Abajo* que se edita en julio del año 1985 —a unos días de que el APRA, bajo el liderazgo de Alan García, asumiera el gobierno—, y dura dos años. Ubica al pensamiento de los Zorros en la tradición populista, es decir, la de entender al pueblo como depositario de una fuerza esencial que señala el camino para la nación y marca el derrotero de la acción política.

En la quinta parte, “Un proyecto inconcluso”, Gonzales narra una pequeña historia del fracaso del frente IU, que llevó a la diáspora a las fuerzas de izquierda y allanó el camino para el ascenso de Alberto Fujimori al poder en 1990. Quizá ésta es la parte menos estudiada por el autor y no podía ser de otra manera, dado que su objeto de estudio son los Zorros y el rol que tuvieron en la crisis de IU. En todo caso, el frente requiere necesariamente ser tratado en un trabajo especial que no va más allá de las pretensiones de Osmar Gonzales.

Finalmente, en sus conclusiones, “Reflexiones sobre intelectuales y política”, plantea cuestiones que, partiendo de su trabajo, tienen el carácter de reflexiones ge-

<sup>3</sup> Sendero Luminoso inició su lucha armada en mayo del año 1980, precisamente en las elecciones generales que ganó Belaunde y en las cuales la izquierda se presentó fragmentada.

nerales que buscan responder las preguntas que guiaron su investigación. La manera de caracterizar la relación entre lo intelectual y lo político, el rol de los intelectuales en el Perú y la radicalización y el papel de los intelectuales socialistas en ese país.

En la lectura del libro de Osmar Gonzales el lector no sólo estudia una parte de la historia del Perú contemporáneo sino que también reflexiona en torno al futuro del proyecto socialista en Latinoamérica. El texto no está escrito para llegar a un punto muerto y frustrante sino, por el contrario, para motivar el pensamiento y la acción. Como él mismo concluye: “[...] La renovación de la idea socialista, ahora más que nunca, deberá pasar por la recuperación de la reflexión humanista. Esto redundará además en la defensa de la autonomía de lo intelectual frente a lo político, autonomía que no tiene que significar separación absoluta, sino simplemente la recuperación de la función crítica de los intelectuales, incluso frente a la propia política”.

MARCO A. RAMÍREZ

ANTHONY GIDDENS, *The Third Way. The Renewal of Social Democracy*, Cambridge, Polity Press, 1998.

Si es difícil creer en la objetividad, rectitud y honestidad sin mácula de los intelectuales cuando estudian el ámbito político, lo es más todavía cuando incursionan en la exégesis del *debe ser*. El paradigma científico occidental conmina al intelectual a conformarse con la explicación de *lo que es*, a buscar la verdad a toda costa y a dejar la formulación de buenos deseos en el menos sublime oficio del político. Pero pedir a los hombres de pensamiento indiferencia absoluta frente al poder es imposible y, discutiblemente, también indeseable.

El libro último de Anthony Giddens, *The Third Way. The Renewal of Social Democracy*, es al mismo tiempo un compendio de las ideas contemporáneas del pensamiento de izquierda en Europa occidental; un análisis superficial a los principales retos y dilemas sociales, políticos y económicos mundiales; así como una Biblia social demócrata. Contiene los elementos necesarios para fungir como un programa político activo: la fe en un futuro electoral promisorio y la confianza desmedida en que los grandes problemas de la sociedad pueden resolverse por medio de la opción social demócrata.

Durante la era bipolar, la social democracia y la democracia cristiana se disputaron equilibradamente el poder en Europa occidental. Pero el ascenso de las ideas neoliberales tras la caída del bloque socialista pareció inclinar la balanza a favor de los movimientos de derecha. No obstante, tras el interludio neoliberal, el regreso de la social democracia en Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania obligó a recordar lo que se creyó sumergido en una franca decadencia.

Actualmente, la izquierda ha tenido que construirse a contrapelo del orden establecido. Es moderna *per natura*, si lo moderno se distingue por su afición al cambio.

¿Revolucionaria? No, si con ello se entiende la imposición intolerante de una manera uniforme de pensar. Para sobrevivir, advierte Giddens, la izquierda tiene que flexibilizar sus posturas y adecuar sus dogmas a una nueva realidad mundial. El derrumbe del marxismo como religión y como paradigma científico, aunado a los cambios en la estructura socio demográfica en los países de Europa y a la incorporación de nuevas fuerzas a los mercados laborales, como las mujeres, obligan a redefinir el ideario político de un movimiento que, de no adaptarse, podría verse anquilosado. La *tercera vía* marca el renacimiento de la social democracia y propone trascender y superar las deficiencias de la vieja guardia social demócrata —de base marxista—, sin sucumbir a la tentación del neoliberalismo y sus excesos.

Las formas tradicionales de organizar el mundo político se han visto sacudidas persistentemente. Por un lado, el rumbo tomado por el gobierno de Tony Blair hacia la reforma integral del Estado de bienestar, la introducción de principios de mercado en las rígidas estructuras gubernamentales, y la incorporación activa a los mercados financieros internacionales, hace pensar que Europa atestigua un proceso de “derechización” de la izquierda. Por otro lado, la aceptación de los principios y estatutos del Estado de bienestar por parte de los gobiernos conservadores de derecha pone en el centro del debate la construcción de una nueva semántica política. Además, el hecho de que los apoyos políticos hayan dejado de estructurarse en torno a las líneas de clase contribuye a que la distinción moderna entre izquierda y derecha se vuelva disfuncional. En este contexto, dado que la frontera entre ambos polos es cada vez más difusa, no es extraño que en tiempos recientes se hablara del fin de las ideologías para referirse al encuentro entre programas políticos previamente antagónicos.

Sin embargo, si bien hay espacios de coincidencia entre las distintas posiciones (por ejemplo, izquierda y derecha aceptan por igual el doble filo del desarrollo científico y tecnológico en términos de seguridad poblacional), las actitudes hacia el tema de la igualdad reaparecen constantemente como el núcleo de una renovada distinción. *Natura non facit saltus*, y los ejes ideológicos de la izquierda siguen siendo el compromiso contra la iniquidad y la protección de los grupos excluidos. En este sentido, la distinción que la posguerra fría hace entre izquierda y derecha adquiere una nueva actualidad. Para la social democracia, la igualdad ya no puede entenderse como la homologación total de los estándares de vida, sino como un seguro contra la exclusión. El énfasis se pone en la equidad porque con ella se amplían la autoestima y las oportunidades de la gente, y porque la desigualdad amenaza la solidaridad y la cohesión sociales.

Pero los retos de la social democracia no se derivan exclusivamente de su posición en el ámbito ideológico. ¿Qué postura adoptar frente a la Unión Europea? ¿Es conveniente o inconveniente la descentralización política? ¿Qué hipótesis defender frente a la energía nuclear y el calentamiento global de la tierra? Todas éstas son preguntas que rebasan la simple solución ideológica. En términos generales, la ubicación de la *tercera vía* en el “centro radical” significa poner en marcha con firmeza y determinación las soluciones encontradas después de la evaluación racional de todas las posibilidades, de la revisión de los propios dogmas y del examen prospectivo de las acciones en conjunto.

En la lectura que Giddens hace de la nueva realidad mundial, sobresalen ciertos dilemas contemporáneos que deben conducir el diseño de las actividades social democráticas. Entre ellos están los efectos irreversibles de la globalización, la irrupción de nuevos grupos sociales al escenario internacional y los problemas mundiales del medio ambiente. Con referencia a este último punto, la protección ecológica no debe ser entendida como antípoda del crecimiento económico y considerar sus posibilidades generadoras de riqueza.

En el marco de un Estado sin enemigos, la crisis de la democracia no proviene más de su competencia con el socialismo, sino de no ser lo suficientemente "democrática". En vísperas del siglo XXI, las fronteras físicas entre los países se fijaron y reconocieron en el medio internacional de forma aparentemente definitiva. Además, la posesión material de territorio pierde importancia conforme el conocimiento y la capacidad productiva se vuelven importantes, con lo que la guerra a gran escala entre países importantes parece ser cosa del pasado. Por ello, los retos de las democracias occidentales son esencialmente internos. Para retener legitimidad, los gobiernos deben elevar la eficiencia administrativa, establecer mecanismos complementarios de participación ciudadana y desburocratizar la prestación de bienes y servicios públicos.

No obstante, el logro de esos objetivos no significa optar por un fundamentalismo de mercado. Las soluciones de mercado son posibles, pero el Estado debe mantener su centralidad para desempeñar las funciones que no pueden cumplirse de otra manera: sostener un sistema de derecho efectivo, proveer medios para la representación de intereses diversos, procurar la paz social, entre otras.

La aparición de nuevos grupos de presión en el ámbito internacional tampoco debe entenderse como una "despolitización" del Estado. El poder de las organizaciones no gubernamentales es primordialmente simbólico, impulsan los temas a las agencias de los gobiernos y parlamentos europeos al darles promoción y visibilidad. Pero no pueden, sin más, sustituir a los partidos políticos o a los gobiernos en las funciones que les son propias.

El Estado de bienestar debe transformarse en un Estado de inversión social que recupere los principios de la nueva economía mixta. Es necesario aceptar algunas críticas provenientes de la derecha política, como el carácter antidemocrático del Estado de bienestar y su inclinación a la protección en detrimento de la libertad; o la dependencia del bienestar, que es la distorsión de las actividades productivas originada en el esfuerzo de la población para quedar dentro de las categorías aseguradas por el Estado. Sin dejar de garantizar el acceso al trabajo, el nuevo Estado de inversión social tiene que auspiciar la adopción de riesgos en los mercados laborales, así como invertir en educación y capacitación para el trabajo. Con estas medidas es posible estimular la movilidad y la productividad en las empresas.

En términos de pobreza, el enfoque redistributivo debe trasladarse de la compensación por insuficiencia a la distribución justa de las posibilidades, reemplazando los programas convencionales antipobreza con políticas basadas en la propia comunidad que incorporen la participación democrática.

Al referirse a la globalización, Giddens advierte que la actitud social democrática debe ser positiva. Si bien es necesario matizar la influencia de la globalización, no

puede negarse que el fenómeno es real, por lo menos en el ámbito de los mercados financieros internacionales, por lo que la cooperación internacional en este rubro tiene que convertirse en una prioridad de la *tercera vía*.

Por último, no puede perderse de vista que la social democracia debe ser un camino desprejuiciado y sin complejos. La importancia de la familia en la cohesión social es innegable, pero el medio para su conservación y desarrollo no es la intolerancia frente a las relaciones que difieren de la ortodoxia moral conservadora, sino la democratización familiar. La democracia en este contexto implica la igualdad, el respeto mutuo, la toma de decisiones por medio de la comunicación, el cuidado de los hijos y el rechazo a la violencia. Estas cualidades deben aplicarse sin distinciones, exactamente igual, por ejemplo, en familias homosexuales y heterosexuales.

De esta manera, Giddens pacta una alianza entre el poder y las ideas para dotar al pensamiento social demócrata de la legitimidad intelectual requerida para conciliar la verdad con el éxito, así como para librar a la izquierda del agotado fantasma del marxismo. Sin decirlo, Giddens presenta no sólo el ideario de una corriente política, sino la promesa de un mundo mejor si se sigue el tercer camino. Quizá con alguna inocencia, afirma que la reconciliación entre crecimiento económico y la igualdad es un problema de voluntad política al que es posible encontrar una solución racional. Dentro de sus méritos, no debería ignorarse que la política es conflicto, disputa entre valores igualmente justificables desde un punto de vista moral. Pero no hay culpa que perseguir si se acepta, con Raymond Aron, que “la guerra es inseparable de la política, y el hombre de pensamiento que entra en la política no logra, ni someterse enteramente a las obligaciones del combatiente, ni liberarse por completo de ellas”, y que es esta situación la que determina la “conciencia desgarrada del intelectual en política”.

A diferencia de otras corrientes, cuya coherencia interna no se basa en la justificación racional de sus ideas, sino en afinidades de credo, costumbre o familia, el proyecto social demócrata no exige de su militancia la profesión de una doctrina religiosa, étnica o moral en específico. Es posible que la neutralidad sea el factor de atracción para la pretendidamente laica y desinteresada profesión intelectual.

JAVIER GONZÁLEZ GÓMEZ

ALAIN TOURAINE, *¿Cómo salir del liberalismo?*, Barcelona, Editorial Paidós, 1999.

Precursor de la sociología de los movimientos sociales y de métodos para estudiarlos como la “intervención sociológica”, autor de tratados de teoría sociológica (como *Producción de la sociedad*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 1995) y a la vez relacionado con América Latina (especialmente en *La palabra y la sangre*, 1985), Alain Touraine presenta en *¿Cómo salir del liberalismo?*, una pro-

puesta analítica y una estrategia, basadas principalmente en la coyuntura francesa de los años noventa.

Según Touraine, la versión del liberalismo que difunden los adeptos de la idea de que éste constituye un “pensamiento único” (cerca de *Le Monde Diplomatique* y a otros órganos de la prensa francesa), éste<sup>1</sup> se basa en un economicismo radical que impide la formación de la acción social. En este contexto, la acción social es reactiva y se manifiesta como denuncia del sufrimiento, de la miseria, de la exclusión y la sociedad se asume como víctima, impotente, frágil. Los intelectuales cercanos a esa visión crítica se autodesignan como los llamados a hacer frente, mediante sus denuncias, a la lógica implacable del liberalismo, identificado con la idea del “pensamiento único” por su carácter indiscutible, inexorable.

Frente a esta consideración de los que ven al liberalismo como “pensamiento único”, Touraine define los elementos de una visión más problematizada de lo que constituye el “liberalismo” y sus connotaciones.

Afirma que no es posible aceptar una visión maniquea, esquemática, panfletaria, que deriva en impotencia y en un pesimismo radical. Por ejemplo, para Touraine, la mundialización (en América Latina hablaríamos de “globalización”), no se debe confundir con la libertad del movimiento de capitales, ni la libertad de comercio con el movimiento incontrolado del capital financiero. Ésta y otras distinciones le permiten despejar el terreno para concluir que es posible *no* pensar al liberalismo como “pensamiento único” sino en forma más matizada.

Es decir, en sus términos, mundialización no es igual a liberalismo. Privatización no es igual al fin de la intervención estatal. Apertura comercial no es igual al fin de la soberanía nacional. El problema de los servicios educacionales no es sólo un asunto financiero sino que tiene que ver también con el carácter de la escuela y con las relaciones entre profesores y alumnos.

Con base en este argumento, el núcleo del libro caracteriza cuatro posibilidades para salir del liberalismo.

Una primera “salida” es hacia atrás y se identifica con la idea republicana de igualdad. Una segunda opción es hacia abajo y se puede ilustrar con las estrategias políticas de los populismos de derecha e izquierda que se han desarrollado en Francia, por ejemplo el Frente Nacional. Una tercera posibilidad es la que intenta borrar los efectos negativos del liberalismo para reivindicar a la tecnología y al libre comercio como llaves que abren el futuro. La cuarta forma es hacia lo posible, camino ligado estrechamente con la lucha de los movimientos sociales por crear una izquierda social, enfrentada tanto a republicanos, populistas o idealistas, perspectiva que favorece el autor.

La salida hacia atrás se identifica con el planteamiento republicano. La igualdad, la ciudadanía, los servicios públicos (como la escuela, los transportes, la educación superior), la soberanía nacional. En este punto de vista, las empresas estratégicas de

<sup>1</sup> El liberalismo es un “paraguas” conceptual que puede incluir, dependiendo de las versiones de la mundialización, la privatización de las empresas estatales, la apertura comercial, el ataque a la seguridad social, el deterioro de los servicios educacionales, etcétera.

propiedad estatal han sido rematadas en el altar de la mundialización y del libre comercio. Según el autor, ese diagnóstico no rinde cuenta de que la idea republicana supuso una igualdad de derechos que no tomó en cuenta las desigualdades sociales que ella misma fomentó. Así, como lo mencionaron Bourdieu y Boudon, el acceso a la educación pública, en vez de contribuir a la equidad generó desigualdades derivadas del apoyo familiar a sus hijos, cuestión que la escuela no pudo corregir. Hoy la igualdad se identifica con la lucha en contra de la desigualdad, es decir con la equidad y debe reconocer la mecánica perversa implícita en la idea republicana. Para Touraine, la idea republicana ya no es relevante como opción de salida del liberalismo. Además, es peligrosa, en la medida que excluye a grupos de la población (como los inmigrantes en el caso francés) que no buscan conseguir igualdad sino que, al contrario, quieren ser a la vez iguales y diferentes. Puede también resucitar la idea revolucionaria al inspirar una lucha por el control del Estado, dada la indiferencia que manifiesta frente a las luchas en favor de los derechos sociales y culturales.

La opción de la salida hacia abajo se identifica con los populismos. Partiendo de la idea de que éstos no son de izquierda ni de derecha porque no responden a las categorías de la "representación", Touraine afirma que es por ello que pueden asumir posturas de denuncia, de descalificación, de estereotipificación, lo que contribuye a generar apoyos de grupos frustrados, dañados, perjudicados por el liberalismo. Los populismos se manifiestan por medidas como la ocupación de viviendas desocupadas en barrios de París e incluso con la ocupación de l'École Normale Supérieure, por los desempleados.

La opción de la salida hacia arriba se define por el optimismo radical de que la difusión de la tecnología (televisión, Internet, satélites, celulares) será la base de la resolución de los problemas de la humanidad. Con la difusión tecnológica y el desarrollo económico inducido por el libre comercio llegarán la felicidad, la abundancia y la libertad.

Es la salida hacia lo posible que favorece Touraine. Ella descansa en la capacidad de acción política que pasa por la formación de nuevos movimientos sociales que buscan conciliar progreso social y realismo económico, combinación que permite enfrentar cabalmente al liberalismo.

Esta posición manifiesta la posibilidad de combinar objetivos sociales y medios económicos, de participar en la economía internacional sin rechazar los sistemas de protección social.

Touraine da prioridad a las posturas que quieren salir del liberalismo por medio de la acción de los actores y de los conflictos sociales en vez de privilegiar visiones cupulares o sobrepasadas por las realidades económicas, sociales y políticas de la actualidad. Al mismo tiempo, es necesario descartar esos caminos que sólo se limitan a denunciar o descalificar al liberalismo sin proporcionar salidas socialmente construidas, en la acción y en el conflicto. Esta postura se asimila a una perspectiva de lo que Touraine denomina la izquierda social, opuesta tanto a la extrema izquierda como a la postura republicana.

En la caracterización del autor, la izquierda radical ataca al gobierno y lo acusa de claudicar frente al "pensamiento único". Defiende las conquistas del Estado de

bienestar y se apoya en el "pueblo", que, según Touraine, es más una ideología que una realidad.

Por su parte, los republicanos conceden prioridad a la defensa de las instituciones y desconfían de la acción colectiva que suponen confusa, desorientada y hasta peligrosa. Son hostiles a los movimientos sociales que se definen por fuera de los marcos institucionales.

Touraine concluye con una discusión acerca de las políticas que pueden hacer frente a los problemas generados por la aplicación del liberalismo en las dos últimas décadas. Menciona en particular problemas como el desempleo, que, en un país como Francia, constituye una cuestión que ha sido imposible resolver en la última década.

Una respuesta posible al desempleo estructural descansa en la combinación de la flexibilización de las empresas con la defensa de los puestos de trabajo; con la disminución del costo del trabajo menos calificado sin por ello reducir salarios; con la inversión en capacitación tecnológica pues es imposible imaginar que una sociedad como la contemporánea, fundada en la tecnología, pueda funcionar con mano de obra no-calificada; con una política de empleo localizada en las municipalidades, en las regiones, en los profesionales. Esto resulta de la necesidad de reconstruir y renovar las ciudades.

Estas recomendaciones permitirían que la política económica fuera a la vez una política de inserción en la economía internacional y una política de integración social y de lucha contra la exclusión.

FRANCISCO ZAPATA

JUDITH VILLAVICENCIO (coord), ANA MARÍA DURÁN, MA. TERESA ESQUIVEL y ÁNGELA GIGLIA, *Condiciones de vida y vivienda de interés social en la Ciudad de México*, México, UAM, Miguel Ángel Porrúa, 2000.

En México la investigación evaluativa ha avanzado, y este libro es precisamente una contribución a este tipo de trabajo académico. Las autoras son cuatro destacadas investigadoras del área de sociología urbana de la UAM-Azcapotzalco, que han logrado realizar un importante trabajo colectivo —no un conjunto de artículos individuales sino un libro de autoría compartida— en el que cada una aporta elementos conceptuales y técnicas de investigación provenientes de sus diferentes formaciones académicas —arquitectura, sociología y antropología—, logrando una complementaria y rica perspectiva de análisis y demostrando el potencial que implica el trabajo en grupo, principalmente cuando los miembros se integran bien y funciona una buena coordinación, en este caso a cargo de Judith Villavicencio.

Se trata de un texto original, oportuno y útil. Original porque son muy pocas las investigaciones que han estudiado ampliamente la relación vivienda-pobreza, para lo cual hacen la revisión sistemática de lo analizado en los textos existentes aportan-

do a la vez relevante información empírica. Una idea original y persistente en este libro es si vale la pena la penuria de participar en un programa del sector público para obtener una vivienda que implica tantos sacrificios, que no resuelve los problemas de hacinamiento y que parece generar una convivencia social conflictiva. Como trasfondo está el propósito de realizar una evaluación, que a partir de lo observado en estos programas, pueda ofrecer recomendaciones a la política habitacional dirigida a atender las necesidades de los sectores pobres de la ciudad.

Las autoras diseñaron y aplicaron una encuesta e incursionaron en el ámbito de la evaluación cualitativa y cuantitativa. El diseño de investigación dio lugar a un amplio número de interrogantes en torno a la relación en estudio: pobreza y vivienda. A partir de los mismos se organizaron de manera sistemática y clara los datos y la acción de dos organismos de vivienda que operaron en la materia, desde la década de los años ochenta, en la Ciudad de México: FONAHPO y FIVIDESU. Lo interesante del trabajo es que lo hacen desde la perspectiva de las familias que participan en estos programas y no desde la lógica de la actuación institucional o burocrática. Así, aunque se preocupan por conocer cuál es la adecuación entre la oferta institucional y la demanda popular, van mucho más allá. Estudian no sólo el *resultado* —por ejemplo: si el tamaño y la localización de los conjuntos incide en la calidad de vida de sus habitantes— sino el *proceso* que supone la obtención de este bien por la vía de los mecanismos institucionales. Ésta es quizá una de las principales aportaciones de este libro, en el que detalladamente se estudia cada una de las etapas y los obstáculos que deben enfrentar los usuarios desde el momento previo a la adquisición, las complicaciones que encierra involucrarse en adquirir este tipo de bien, las implicaciones que tiene su habitación anterior y todo lo relacionado con la convivencia en un nuevo barrio y con nuevos vecinos.

Las autoras han realizado un auténtico y riguroso ejercicio de investigación sociológica de la vivienda al elaborar y aplicar una encuesta que ofrece originales y relevantes informaciones. En total se aplicaron 723 cuestionarios, en 37 conjuntos habitacionales del Distrito Federal, financiados por los dos mencionados organismos de vivienda, organizando las preguntas para cubrir las principales dimensiones que posee un bien cuyo análisis es tan complejo. Este esfuerzo por cuantificar la opinión de los usuarios, la forma como perciben su vivienda actual, se complementa con 17 entrevistas en profundidad, realizadas en 9 conjuntos, con el objetivo de esclarecer las ideas y las dudas que surgen de los resultados de la encuesta en torno al uso de la vivienda y a las condiciones de vida de los beneficiarios.

Lo físico, lo económico, lo social y lo urbano son las dimensiones que identifican en su análisis, para estudiar la vivienda popular de manera integral y obtienen nuevas y ricas interpretaciones de los procesos y los actores involucrados. Uno de los temas mejor abordados, que señala el carácter de oportuno que se le puede atribuir a este libro, es el tema de la “convivencia vecinal”, de la conflictividad social que se advierte en diferentes zonas o barrios de la ciudad. Un tema cuyo interés ha perdurado a lo largo del siglo xx, porque está en los orígenes de la sociología urbana de la Escuela de Chicago de la segunda década, en los desarrollos de la sociología funcionalista y de la antropología urbana de la tercera, y también en las corrientes de

la sociología urbana francesa de los años sesenta y setenta. La vida y los conflictos sociales en los *ghettos*, los barrios populares, los conjuntos habitacionales, han sido temas privilegiados por la investigación urbana. Puede decirse que en América Latina, una de las principales preocupaciones de la antropología urbana ha sido estudiar en los barrios populares, las redes de familiares y amigos que actúan para contrarrestar la adversidad que genera la situación de privación en la que viven millones de personas en las ciudades. La sociología urbana, en cambio, privilegió el estudio del conflicto protagonizado por las organizaciones populares y los movimientos sociales urbanos. Esto marcó una distancia entre ambos cuerpos teóricos y disciplinarios, la cual no se superó ni siquiera posteriormente a la crisis de paradigmas que experimentaron las ciencias sociales en los años ochenta. Por ello este trabajo es testimonio del inicio de una nueva etapa en la investigación social urbana marcada por una fructífera asociación de ideas, categorías analíticas y técnicas de investigación que poseen orígenes disciplinarios diferentes y que son ahora utilizadas en el análisis de la relación que existe entre la pobreza y la vivienda.

Entre los resultados que aporta este estudio están los relacionados con los problemas derivados del uso de las áreas colectivas, los cuales afectan las relaciones familiares y sociales; la forma como inciden (por lo menos en el imaginario colectivo); las experiencias de vida de los usuarios anteriores a la ocupación del conjunto habitacional (el porvenir de la vecindad o de la colonia popular arrastra una fuerte carga para convivir en el nuevo espacio); el tamaño de la unidad habitacional, si es grande o relativamente pequeña (aunque la incidencia de esta variable parece ser menor de lo que siempre supusimos los investigadores); la necesidad de los vecinos de individualizarse en algún grupo al interior de estos nuevos y masivos barrios; los problemas vinculados a las responsabilidades que implica asumir la condición de propietario.

Sin duda este texto ofrece un primer análisis de los resultados, pero la información obtenida en esta investigación podrá ser utilizada en otras que den continuidad a este esfuerzo. En este sentido, las mismas autoras advierten que están llevando a cabo una segunda etapa para estudiar cuáles son los determinantes de los graves problemas que se presentan en el uso cotidiano de los espacios colectivos, ya que al parecer éstos no pueden adjudicarse de manera directa al nivel socioeconómico de los beneficiarios, ni al tamaño de la unidad, ni al organismo que las promovió, sino más bien al propio proceso de adquisición y a las experiencias vividas por el colectivo. Cabría preguntarse entonces si estos problemas se dan también en otros ámbitos urbanos, como por ejemplo en barrios de clases media y alta con una considerable proporción de propietarios, o inclusive en otros tipos de colonias populares con una tenencia irregular de la vivienda. Pareciera que en la Ciudad de México se registran actualmente —y quizá también en el pasado, aunque sin saberlo— graves conflictos vecinales en todos estos tipos de barrios y éste es precisamente uno de los principales fundamentos para la realización de más de treinta programas de desarrollo urbano a nivel local en el territorio de la capital, promovidos por el gobierno de la ciudad. Por ello se sugiere que estos resultados sean revisados en futuras investigaciones a partir de confrontar lo analizado con algún grupo de control que posea no sólo características socio-económicas diferentes, sino también una historia en la que la constitución

de sus barrios y la adquisición de sus viviendas haya sido mediante otros procesos económicos y sociales.

La hipótesis sustentada por la teoría funcionalista de la marginalidad de que el espacio condiciona o determina el comportamiento social tiene sustento social y no espacial, como ya lo han demostrado muchos estudios urbanos. De lo que se trata entonces es de ponderar en el análisis el peso que tiene la vivienda y las condiciones de vida en la convivencia social. En este sentido, las autoras tienen muy claro que los resultados no pueden extrapolarse más allá de la observación efectuada en esos conjuntos y no en otros. Pero a partir de este libro, y de las experiencias de planeación participativa realizadas recientemente en la Ciudad de México, la sociología urbana puede tener nuevos horizontes de análisis y contribuir a resolver, o por lo menos a dar elementos, para procesar o administrar de manera diferente los graves conflictos que se registran en los barrios de nuestra metrópoli.

Finalmente, puede decirse que es un trabajo útil en dos sentidos. Por un lado, para la docencia porque puede ser utilizado para enseñar cuestiones claves en torno al ejercicio del "oficio del sociólogo". Por otro, porque puede contribuir desde una reflexión bien fundamentada a modificar el actuar institucional y que la vivienda popular, producida o financiada por el sector estatal, pueda ofrecer una mejor vida a quienes la habitan.

ALICIA ZICCARDI

MERCEDES GONZÁLEZ DE LA ROCHA (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina* ("Estigmas y estereotipos que se desvanecen: los hogares de jefatura femenina"), Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Occidente.

El texto que aquí se reseña, coordinado por Mercedes González de la Rocha, surge en una mesa de trabajo en la reunión de la *Latin American Studies Association* (LASA) celebrado en Guadalajara en el año 1997. Madura en un contexto multicéntrico e internacional, en el que todas y todos sus participantes, desde ponentes hasta comentaristas tuvieron oportunidad de intercambiar ideas y muy seguramente afinar diversos aspectos que hoy se traducen en el texto: *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*.

La parte nodal del texto lo ocupan los cuatro trabajos que fueron presentados durante la reunión de la LASA. Además cuenta con dos comentarios y un prólogo, que permiten, a quien se acerca por primera vez a la discusión en torno a hogares de jefatura femenina, ubicar el contexto de la temática. Los distintos capítulos están referidos a países específicos: Guatemala, Colombia, Costa Rica y México. Éstos no pueden verse sino en el contexto social y económico latinoamericano para lo cual González de la Rocha elabora un capítulo en el cual ofrece un panorama de conjunto de los

países latinoamericanos. Para ello recurre a ciertos indicadores socioeconómicos y demográficos que muestran: concentración de la población urbana, empobrecimiento creciente, polarización de ingresos entre trabajadores especializados y no especializados, informalización de la economía, pérdida de empleos particularmente masculinos y una creciente incorporación de las mujeres en los mercados de trabajo. También se advierten las diferencias salariales por sexo que guardan una relación inversa con el nivel de escolaridad de las mujeres, esto es, las mujeres con mejores niveles de escolaridad presentan la más alta disparidad salarial respecto de sus pares varones. Por otra parte se observan transformaciones en las características de las uniones, esto es, incremento de los divorcios y las separaciones. También se empieza a registrar la opción de la maternidad por parte de mujeres sin que ello conlleve el establecimiento de uniones consensuales o en el que se establezca el vínculo matrimonial.

Si bien existe multiplicidad de divergencias del modelo tradicional de hogar, una de ellas es la que ocupa el análisis del texto. La jefatura de hogar femenina. Feijoó, quien es una de las comentaristas de los textos, ubica esta discusión en lo que denomina como la segunda "oleada" en los estudios del hogar. Durante la primera "oleada" los estudios de hogares y la función de las mujeres en la sobrevivencia de éstos, en particular de los hogares pobres, fueron objeto de escrutinio a fines de los años setenta y durante la década de los ochenta. Algunos de los resultados enfatizaron el hecho de la vulnerabilidad de los hogares de jefatura femenina así como referir que las mujeres eran las pobres de los pobres, a lo que Chant ha denominado como estereotipos globalizados. La polémica surgida, por el propio desarrollo del conocimiento del tema de hogares, no es banal. El vínculo entre estas concepciones y el diseño e instrumentación de políticas sociales encaminadas a brindar apoyo a este tipo de hogares revisten singular importancia, al menos en el caso de países industrializados y como también lo menciona Chant para el caso de Costa Rica.

Dos son las preguntas importantes en la discusión de los distintos trabajos:

- ¿Son o no los hogares de jefatura femenina los más pobres entre los pobres?
- ¿Existe o no mayor vulnerabilidad de los hogares de jefatura femenina que se traducen en efectos nocivos para hijos e hijas contribuyendo a la transferencia intergeneracional de la pobreza?

Preguntas subyacentes a ellas son las relacionadas con la idea homogeneizadora de la sociedad patriarcal que normaliza las prácticas masculinas y femeninas, en las que por una parte parece condenar al hombre en su papel de proveedor, en tanto que a las mujeres las ubica como únicas y eternas responsables de las tareas domésticas y la crianza de los hijos/as.

Para dar respuesta a estas preguntas Bastos, Chant, González de la Rocha y Wartenberg recurren a metodologías diversas. Por una parte Wartenberg hace uso de bases de datos en torno a hogares y acerca de la calidad de vida de la población colombiana a fin de describir, lo más puntualmente posible, las características socio-demográficas de los hogares de jefatura femenina en contraposición con los hogares que son encabezados por varones. De la misma forma, González de la Rocha selec-

cional información de trabajos previos de otros autores a partir de los cuales se cuestiona en torno a la relación entre pobreza y los hogares de jefatura femenina.

Antes de mencionar algunos hallazgos del análisis sociodemográfico, hay que señalar que las propias autoras comparten la preocupación por la variabilidad del concepto de hogares de jefatura femenina, dado que la información a partir de la cual se puede hacer el análisis estadístico parte del concepto de la jefatura declarada, que no siempre corresponde con la "real". En trabajos diferentes a éste, se ha adoptado el concepto de jefatura económica para indicar el sexo de quien es el principal sujeto que aporta los ingresos. Podría entonces decirse que existe consenso en las limitantes que ofrece la información que da cuenta de los procesos macrosociales referidos a la jefatura de los hogares.

Más que hacer una síntesis pormenorizada de los hallazgos, se debe señalar que los mismos están mostrando que un análisis pertinente, esto es, que la selección de las variables y la forma de establecer la relación de unas con otras, permite analizar ciertas características del interior de los hogares, lo que lleva a reflexionar en torno a la eventual dinámica que en ese ámbito tiene lugar. Esto es, volver a mirar los hogares de jefatura femenina en comparación con aquellos que tienen jefatura masculina no sólo en función, por ejemplo, de los ingresos totales, sino del ingreso per cápita, dado que existen variaciones en cuanto al número de miembros del hogar, el número de miembros que aportan ingresos, las edades de los propios miembros del hogar y la etapa del ciclo de vida familiar entre otros.

Esta serie de elementos permiten ahora entender que los hogares de jefatura femenina no son un conjunto homogéneo caracterizado por la pobreza en medio de la pobreza. Ha permitido observar que el mayor incremento de estos hogares, encabezados por mujeres, forman parte de la población que se cataloga como no pobre. A su vez, ha hecho factible identificar un gradiente en el que pueden ubicarse los hogares, en un extremo se encuentran los pobres de los pobres y en otro los ricos o menos pobres. El juego de variables que permite hacer esta clasificación está dado por:

- la exclusividad o diversidad de perceptores de ingresos en el hogar,
- el sexo de los perceptores,
- el sexo de quien se identifica en la jefatura del hogar.

Considerando estas variables, los hogares de jefatura masculina con exclusividad de perceptor femenino son los más pobres. Les siguen aquellos que tienen jefatura femenina con exclusividad de perceptor masculino. Los que se encuentran en mejores condiciones son aquellos que tienen jefatura ya sea masculina o femenina con perceptores múltiples:

Dar cuenta del fenómeno de los hogares de jefatura femenina ha sido entrar a un ámbito complejo, dinámico y diverso. Quienes consideran que su estudio es innecesario han hecho suyos argumentos como el que Kabber cita:

Un astrónomo sugirió alguna vez que quienes estudiaban ciencias “humanas” tenían problemas para distinguir la información irrelevante de la auténtica, es decir, las ‘señales’ del ‘ruido’:

*En vez de separar el ruido —desechándolo como hacen los físicos—, gastan sus energías en captar todos los detalles del maldito material [...] De quienes estudian sociología [y antropología] se podría decir que son los supremos estudios del ruido.*

La réplica de un sociólogo a lo anterior fue: “Se trata de una observación ingenua, pero que vale la pena. Ingenua porque, a fin de cuentas, el ruido de una persona puede ser la señal de otra; vale la pena porque nos alerta sobre el hecho de que el mundo del matrimonio y la familia es, en efecto, muy ruidoso” (Kabber, 1998:110).

Es así que Chant y González de la Rocha, urgando en los ruidosos hogares de jefatura femenina en distintas ciudades de México ambas y en Costa Rica la primera, han encontrado que el aparente ruido no es otra cosa más que señales que marcan ciertas pautas en las dinámicas relacionales de estos hogares. Desde luego se han centrado en el problema de los ingresos y la aplicación de los mismos, pero ello no significa que no hayan también incursionado en otros aspectos de la vida relacional de estos hogares. En este sentido, los capitales no son solamente económicos, sino humanos y sociales como lo señala Chant. De ahí que aspectos sustantivos como las posibilidades de acceder a mejores niveles de escolaridad para los hijos sin detrimento de sexo y al parecer en favor de las mujeres; a la capacitación para adquisición de habilidades y destrezas y en no pocos casos a hacer conscientes las propias habilidades que han sido empañadas por relaciones opresivas con varones ahogados en sus miedos, frustraciones y anquilosados estereotipos masculinos, son algunas de las subtemáticas adyacentes, pero de ninguna manera secundarias al tema, tal como se muestra en este libro colectivo.

Las mujeres jefas de hogar tienen también que batallar contra el estigma de ser “mujeres solas”. Los significados atribuidos a esta condición están enmarcados en el ámbito sexual. Estas mujeres tienen que aprender a sortear las presiones por parte de ciertos varones que las observan como una presa sexual más. Por otra parte, ver reducido su grupo de amistades, sus posibilidades de apoyo social por el temor de las amigas a que les “baje al marido”. Este temor infundado —en la mayor proporción de los casos— sobre la mayor proporción de mujeres solas, no se circunscribe a los hogares que viven en condiciones de pobreza, sino al parecer también se extiende a otros sectores sociales.

Lo interesante, cuestionable y lamentable de la estigmatización social que sufren las mujeres que encabezan hogares es que no solamente el estigma se vive en el espacio de la convivencia cotidiana en el barrio y en la familia, sino que éstas impactan negativamente en instituciones que tienen como propósito coadyuvar en el desarrollo económico y social de las distintas sociedades. Es así como Chant muestra que en el Informe acerca del Desarrollo Humano del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, entre los indicadores de “debilitamiento del tejido social” están los homicidios intencionales, los presos intencionales, los presos juveniles y las unidades domésticas encabezadas por mujeres. Los estereotipos globalizados e institucionalizados son objeto de análisis en el trabajo de Chant, quien no solamente quiere

identificarlos y enumerarlos, sino que va mostrando evidencia tras evidencia lo insostenible de las argumentaciones de que los hogares de jefatura femenina son los pobres entre los pobres. Asimismo, muestra como los supuestos que sostiene el enunciado de la transmisión intergeneracional de las desventajas de quienes viven en un hogar de jefatura femenina, van desapareciendo o al menos se van confrontando con evidencias que muestran que las condiciones de vida no son peores que en los hogares de jefatura masculina e incluso se viven condiciones de armonía y superación como en el texto se evidencia. La ausencia de un varón que funja como modelo para los niños, la triple carga de trabajo en que se ven inmersas las mujeres jefas de hogar, la imagen que se tiene de que los niños necesariamente salen a trabajar para sostener o contribuir económicamente al hogar, e incluso la “carrilla” a la que se ven expuestos los hijos de estos hogares encabezados por mujeres, son enfrentados con estrategias imaginativas, al parecer, más democráticas que posibilitan el desarrollo de la autonomía y bienestar de sus integrantes en comparación con la situación que vivían previamente, pero también en contraste con las condiciones de vida en la que viven mujeres, niños y niñas en hogares encabezados por varones.

Bastos juega el papel de caja de resonancia de los textos de Chant, González de la Rocha y Wartenberg. Caja de resonancia porque uno de los elementos que en determinado momento es pieza clave en los hogares de jefatura femenina es el varón. Quien por razones diversas, que no son sólo económicas (viudez temprana en Colombia, producto de la violencia social), abandona a la mujer y a su prole, o estos últimos optan por dejarlo. Bastos sostiene la necesidad de cuestionar el patrón de dominación patriarcal que tiene una connotación estereotípica: varón proveedor, mujer ocupada de lo doméstico y la crianza. Entre los múltiples aspectos destacables del aporte de Bastos está su insistencia metodológica de que si de relaciones de género se trata, se deben involucrar tanto a varones como a mujeres para comprender los procesos de negociación y las distintas percepciones, significados y representaciones que de ello surgen y que no son experimentadas de forma similar ya sea por la mujer o el varón.

“El poder doméstico” como lo menciona Bastos es otro de los conceptos importantes en su estudio de los hogares indígenas mayas de la ciudad de Guatemala. Los casos que denomina como paradigmáticos muestran no solamente el entrecruzamiento de las relaciones de género y etnicidad, sino también la función que ha empezado a tener la religiosidad para modificar los patrones de relación entre los géneros.

Se debe hacer énfasis en cómo las mujeres proveedoras del hogar no cuestionan la autoridad masculina, porque como dice el propio Bastos, los pilares de la dominación tienen otro sustento.

El estudio de Bastos va contra lo que González de la Rocha ha denominado, no en este texto, sino en comentarios a otros trabajos, como “Síndrome del Hombre Inferido”. De la misma forma, el planteamiento de Bastos puede evitar lo que mi hijo Claudio de ocho años me decía cuando le platicaba que me habían invitado a reseñar este libro, el cual le mostré preguntándole:

—Oye hijo ¿cómo ves esta fotografía?

—Pues el hombre está invisible.

—¿Y cómo lo harías visible?

—Pues lo pintaría.

—¿Cómo?

—De color verde.

—¿Por qué?

—Porque me gusta el verde.

En este sentido, los gustos y las inferencias no siempre dan cuenta de los complejos procesos sociales, como las relaciones entre los géneros, lo que requiere un acucioso trabajo teórico metodológico como el de Bastos.

Los aportes de Bastos, Chant, González de la Rocha y Wartenberg no sólo ofrecen avances en la comprensión del fenómeno de los hogares de jefatura femenina, sino que dejan un final abierto, como dice Bastos, con múltiples preguntas, subtemas para ser analizados, planteamientos teóricos que deben ser revisados, y metodologías y técnicas.

JUAN CARLOS RAMÍREZ RODRÍGUEZ

JEFFREY ALEXANDER, *Sociología cultural, formas de clasificación en las sociedades complejas*, Barcelona, Editorial Anthropos y Flacso - México, 2000.

Desde sus orígenes, la sociología se constituyó como conciencia de la modernidad (Agnes Heller Dixit). Por medio de esta nueva disciplina la sociedad consiguió una forma de auto observar las transformaciones en su estructura y comprender a su vez los mecanismos mediante los cuales el orden social y la solidaridad han sido posibles. Hacia este punto ha derivado el debate sociológico, el cual piensa explicar los procesos de racionalidad instrumental que vacía la significación del mundo e impone la separación de la cultura respecto a la sociedad. Ante la ausencia de los viejos símbolos y significados pareciera imponerse en la sociedad una lógica instrumental en la acción social o un esquema coactivo externo a los actores. De alguna manera Weber lo señaló como el desencanto del mundo y el dominio de la jaula de hierro de la razón. Inmersos en la permanente crisis de la modernidad, los pensadores clásicos y contemporáneos se han debatido en dar cuenta de cómo la modernidad vacía de significado al mundo. Ante esto surgen las preguntas acerca de qué es lo que mantiene la solidaridad, la acción colectiva y la moral, cómo explicar la dimensión significativa en la sociedad moderna.

Jeffrey Alexander tiene algunas respuestas en su nuevo libro *Sociología cultural, formas de clasificación en las sociedades complejas*. Alexander parte de una premisa básica: a pesar de la racionalización y diferenciación de la sociedad, el mundo continúa "encantado". Las acciones sociales son posibles en un marco de significación cultural que permite la solidaridad y la acción colectiva. No puede existir una sociedad solamente racional, todo lo social tiene un nexo con la cultura, el significa-

do y la subjetividad. Con esta premisa presenta un nuevo modelo sociológico al que denomina *sociología cultural* y que difiere de los esquemas tradicionales de la teoría social. La sociología contemporánea consiste casi en su totalidad en el estudio de los elementos sociales desde el punto de vista de su ubicación en el sistema social. La promesa de una sociología cultural radica en que puede alcanzarse una perspectiva multidimensional, soportada en la mediación de los códigos culturales. La sociología cultural suscribe la idea de que toda acción, independiente de su carácter instrumental, reflexivo o coercitivo se ubica en un horizonte emotivo y significativo.

Su pretensión va más allá al debatir con la perspectiva parcial de la denominada sociología cultural. Pareciera una diferencia de carácter semántico; sin embargo, el planteamiento va más allá de eso. En esta subespecialidad sociológica la cultura queda como una variable dependiente, supeditada a los contextos de la acción contingente de los actores o a la influencia determinista de los contextos externos. La lógica parcial supedita a la cultura a una variable ambigua, entre lo volitivo de los actores particulares y la coacción de las estructuras en torno a los símbolos.

Así lo demuestra Alexander cuando discute con las diferentes corrientes de la sociología cultural, tanto anglosajonas como europeas. Desde los funcionalistas encabezados por Parsons, que si bien ponderan la importancia de los valores en las acciones e instituciones, no son capaces de explicar la hermenéutica de los valores. En todo caso estos justifican los valores como necesidades funcionales. Otra perspectiva con la que no está de acuerdo es con las microsociologías. Con la excepción del interaccionismo simbólico, las aproximaciones micro han acentuado la cognición de la acción por encima de lo significativo. Para el actor la realidad tiene un carácter dado-por-supuesto en la que establece estrategias para la interacción. La descripción es perfecta pero imposible: los actores son omnipotentes creadores de estrategias, agentes racionalizadores cargados de realismo.

Las tradiciones europeas no se quedan atrás. Las propuestas de Lévi-Strauss, Barthes y el primer Michel Foucault, desencadenaron una revolución al insistir en la textualidad de las instituciones y la naturaleza discursiva de la acción social. La recuperación de la cultura como mediadora en lo social mediante códigos y discursos permitió un vuelco en la discusión del binomio sociedad-cultura. Ya no era sólo el contexto sino los textos en la vida social. Sin embargo, esta perspectiva quedó atrapada en sus análisis acerca del poder y las expresiones materiales que determinan los discursos y significados. De alguna manera quedaron atrapados en la cárcel del lenguaje de Nietzsche, en la que no hay espacio para la autonomía cultural.

Una de las corrientes más importantes es la escuela francesa encarnada en la propuesta de Pierre Bourdieu. Si bien tuvo importantes avances en la construcción de categorías para estudiar la dimensión cultural, tales como *habitus*, *campus*, etc., también es cierto que su propuesta desplazó la atención estratégica de los símbolos colectivos a sus determinaciones colectivas. La cultura giraba en torno a la dominación de clase, en la reproducción de las desigualdades sociales más que en el incentivo a la innovación de los significados.

Todas estas corrientes y algunas otras analizadas en el texto, perfilan un desacoplamiento entre la cultura y la estructura social, ofreciendo que un programa débil en

la textualidad de la vida social es una variable tenue y ambigua. La sociología no puede adjetivar lo cultural, la sociedad en su conjunto está mediada por lo cultural. Por tanto, todo subsistema sociológico debe tener una dimensión cultural y no confinarla a una subespecialidad. Aun las propias teorías con pretensiones de “causalidad objetiva” no son únicamente descripciones narrativas, también son códigos y narraciones dentro de un marco significativo.

### **Sociología cultural, hacia un programa fuerte**

Alexander reconoce puntos comunes con la sociología de la cultura, sobre todo en el sentido conceptual, tales como valores, códigos y discursos. La diferencia está en que la sociología cultural pretende analizar los contextos y textos que motivan la acción social. Es decir, reconoce la eficacia causal del sentimiento, la creencia y la emoción de la vida social. Parafrasea a Marx cuando dice “El cometido de los intelectuales no es sólo explicar el mundo, sino también deben interpretarlo” y la única manera de conseguirlo es mediante la comprensión textual de la vida social. Es decir, no hay una sola causalidad objetiva en la realidad (contexto), la vida social se teje en los vínculos entre valores, códigos y narrativas.

Para interpretar al mundo es necesario que los investigadores se trasladen de la obsesión objetivista de la imaginación sociológica de Wrights Mills a la imaginación social en la que se plantea estudiar la manera como las personas hacen significativas sus vidas y sus sociedades, los modos en que los actores sociales impregnan de sentimiento y significación al mundo. Contextos y textos debe ser la combinación constante para establecer un programa fuerte de la sociología cultural.

¿Cómo pretende alcanzar Alexander su propósito de una sociología cultural? por medio de la convergencia entre la hermenéutica y la semiótica articulada en una perspectiva posdurkhemiana tardía, basada fundamentalmente en *Las formas de la vida religiosa*. Al tener la sociología cultural carácter interpretativo, es necesario una vertiente hermenéutica definida. Para ello se acerca a la propuesta de Paul Ricoeur, que pretende construir el objeto de las investigaciones empíricas en el marco de un mundo significativo del texto social. Es por medio de los códigos y las significaciones lo que permite comprender los motivos y sentimientos de la acción social. Es ver la estructura que lo impulsa a actuar de esa manera y no de otra. Es importante indicar que Alexander promueve una hermenéutica reflexiva derivada de las propuestas de Dilthey, Heidegger y Gadamer. La hermenéutica reflexiva establece que los investigadores pueden tener un compromiso con el mundo para tener acceso a las emociones y metafísicas que alteran la acción social. Toda vez que se trabaja en una tradición reflexiva, se puede poner distancia de por medio entre la experiencia de los investigadores respecto a la experiencia de los otros.

La convergencia de la semiótica deriva de la arquitectura conceptual de Saussure. Los asentamientos culturales disponen de propiedades específicas semejantes a los códigos lingüísticos: están compuestos de relaciones simbólicas estructuradas inde-

pendientes del actor particular. Los códigos culturales, al igual que los lingüísticos, se construyen mediante signos que contienen significado y significante. La tecnología no es sólo una cosa, es portadora de significados. La sociología cultural, a diferencia de la semiótica clásica que desvincula los códigos de los contextos, establece la liga de los códigos a los entornos social y psicológico de la acción. La liga da paso a resultados concretos en forma de discursos, los cuales no son otra cosa que asentamientos simbólicos que permiten observar las diferencias en las relaciones del sistema social entre el poder, la solidaridad, las relaciones de clase, etcétera.

Ni la hermenéutica ni la semiótica resultan suficientes para establecer un programa fuerte. Se necesita de un marco interpretativo que dé cuenta de la significación de la vida social. Para este propósito Alexander reconstruye la propuesta de Durkheim en la última etapa en la que escribió *Las formas elementales de la vida religiosa*. Durkheim planteó en esta última etapa la comprensión de la autonomía del discurso cultural en cualquier esfera social. En *Las formas elementales* no pretendió constituir una sociología de la religión, sino una sociología religiosa en el mismo sentido que la propuesta de Alexander: reconociendo la independencia e interpenetración de la personalidad, el ámbito social y la cultura. Los individuos tienen necesidad de ordenar el mundo y esta ordenación encuentra en la religión uno de los basamentos esenciales: la división entre lo sagrado y lo profano. La separación significativa de la realidad en símbolos y códigos permite a la cultura autonomía ante la acción de los individuos, además de proveer —que no es lo mismo que depender— a las estructuras sociales de solidaridad para la cohesión social. La cultura mediatiza la realidad social.

La interpretación durkheimiana en torno a la religión puede ser derivada a la vida secular. En ese espacio en el que muchos sociólogos han visto el vaciamiento de la significación por la racionalidad, se puede contraargumentar aduciendo que aun aquello que indicamos como racional-instrumental tiene una mediación significativa. La crisis, el conflicto de valores y las formas ritualizadas de la vida llevan en sí mismo una distinción tan importante como la diferencia entre lo sagrado y lo profano. Si la ciencia social debe desarrollar una teoría cultural ésta debe basarse en la sociología religiosa de Durkheim. Por eso Alexander sostiene que el mundo está encantado por marcos simbólicos que ordenan y jerarquizan la realidad. Lo mágico e irracional siguen siendo ejes centrales para el individuo y para la acción colectiva.

A lo largo del texto, Alexander aplica su modelo de sociología cultural a diversos temas como son la tecnología, la percepción del riesgo, la sociedad civil y las crisis sociales derivadas de escándalos políticos como el caso Watergate, que le costó la Presidencia de Estados Unidos a Richard Nixon, y la guerra del Golfo Pérsico. En el caso de la tecnología y el riesgo, sostiene que la primera es vista como una fuerza racionalizadora, instrumental y corrosiva y el riesgo derivado de su uso nos vuelve indefensos. Nada más alejado, la tecnología no es sólo contexto, también es texto social que implica en su interior símbolos en cuanto a los usos y abusos que se le otorgan. El riesgo no es un destino apocalíptico como algunas teorías lo han dejado entrever. La percepción y elección de riesgos es un constructo cultural que permea la acción social y las formas como las estructuras establecen sus prioridades. La amenaza nuclear, la investigación del genoma humano, entre otros riesgos, son realidades

palpables, pero esa realidad está mediada por la cultura. Cabe recordar que la tecnología puede ser vista como benéfica o dañina dependiendo de los contextos y los textos.

En el estudio del caso Watergate y la guerra del Golfo, se aplica el modelo de Durkheim de la religión. La forma como simboliza la sociedad estadounidense la crisis y lleva a cabo rituales para purificar a la sociedad de la mala política, es un buen ejercicio para comprender los alcances y limitaciones del modelo propuesto. Igual ocurre con el análisis de la guerra, la cual simboliza en el otro el mal al que hay que combatir.

Por último, Alexander lleva su modelo a la propia comprensión de las teorías de la modernidad, las cuales han existido en torno a un núcleo con diferentes prefijos: anti, post, neo, etc. La revisión exhaustiva de las corrientes teóricas no tiene por objetivo describir cuál es la más coherente en sus argumentos cognitivos. Por el contrario, demuestra que todo proceso histórico necesita una narrativa que defina su pasado en términos presentes y remita a un futuro que necesariamente tiene que ser diferente. En cada una de las teorías debe considerarse no sólo como un programa de investigación, sino también como un discurso generalizado del cual una parte importante es ideología que no la imposibilita y sí le proporciona una estructura de significado como verdad existencial. Los intelectuales explican el mundo de forma racional, pero también interpretan al mundo de un modo que confiere significado y motivación, metalenguaje que instruye a la gente en cuanto a cómo vivir. Los intelectuales producen narrativas históricas de su propio tiempo. Y la narrativa histórica de Jeffrey Alexander apenas comienza a ser esbozada.

FELIPE GAYTÁN ALCALÁ

JOSEFINA MORALES (coord.), *El eslabón industrial. Cuatro imágenes de la maquila en México*, México, D.F., Nuestro Tiempo, 2000.

Este libro, coordinado por Josefina Morales, es una muestra alentadora de la investigación social de alto nivel llevada a cabo por reconocidas economistas mexicanas. El esfuerzo de cuatro investigadoras se integra en cuatro capítulos, en los que se esboza una imagen realista —aunque parcial— del avance incontenible de la industria maquiladora en México. El resultado no es nada alentador. México se industrializa, pero convirtiéndose en un país maquilador.

Las tres investigaciones de campo se centran en las dos puntas de ese cuerno inagotable de la abundancia que es México. Cirila Quintero y María Eugenia de la O presentan el caso de la frontera norte, mientras que Ana García de Fuentes y Josefina Morales analizan la reciente evolución de la maquila en la península de Yucatán. En el estudio de la maquila, estas investigadoras clarifican con nitidez el nuevo rol que México desempeña en la evolución de la economía-mundo capitalista. Se está ante

la perpetuación de ese papel asumido por México desde los tiempos de la colonia. Como país periférico, México continúa exportando al centro capitalista materia prima abundante y de óptima calidad. Antes fue la plata, hoy es la fuerza de trabajo barata. El mecanismo que permite disfrazar este trueque, mano de obra por aparente industrialización, se llama industria maquiladora. Los datos presentados no dejan lugar a dudas.

En el primer estudio, Cirila Quintero analiza las relaciones laborales en las maquilas de la región nor-oriental. El análisis se centra en los sindicatos. La tipología sindical abarca tanto el sindicalismo subordinado, predominante en Tijuana y Ciudad Juárez, como el sindicalismo tradicional, propio de Tamaulipas. Este último es más reivindicativo y lucha por obtener demandas que son cumplidas por las empresas. Sin embargo, ambos sindicalismos son manipuladores de los intereses proletarios. En el primer caso, la CROM tiene protección gubernamental para obtener la manipulación del contrato colectivo. La consecuencia es que los agremiados asumen una actitud pasiva, al sentirse desvinculados de la negociación sindical.

En el segundo caso, la CTM mediante fuertes caciquismos sindicales asegura la unidad sindical. El resultado es casi idéntico en ambas zonas de la frontera norte. En la década de los años noventa, mientras las empresas maquiladoras demandan sindicatos colaboracionistas, los sindicatos mexicanos —sea fuertes o débiles— coinciden con las instancias gubernamentales en favorecer al sector empresarial de predominio extranjero.

María Eugenia de la O, por su parte, describe la configuración de una ciudad que se ha industrializado debido a las actividades de ensamble y subensamble realizadas por las maquiladoras, pero cuyos productos se destinan al mercado internacional. Las pocas industrias de capital nacional que logran sobrevivir abastecen al mercado regional. Tres son los temas estudiados en este capítulo: la conformación productiva de la región, las transformaciones locales inducidas por estas industrias maquiladoras y, finalmente, la transformación de Ciudad Juárez en un enclave de industrias para la exportación.

El análisis de esta evolución se inicia con la Segunda Guerra Mundial, cuando la industria en Ciudad Juárez era una actividad marginal, y mediante el Programa de Braceros y el Programa de Desarrollo Fronterizo se esboza una política de industrialización, que desemboca en 1966 en las llamadas “Plantas Gemelas”. Desde ese momento, el gobierno otorga todas las ventajas a las empresas extranjeras, al concederles la propiedad y el control de las plantas, así como la importación de materias primas y de maquinaria libres de impuestos. Asimismo, surge el régimen fiscal orientado a la inversión foránea. María Eugenia de la O puntualiza que, al imponerse un modelo de desarrollo apoyado en la maquila, se relega el modelo basado en la industria local.

En décadas más recientes se han establecido nuevos patrones de crecimiento industrial que apuntan a una doble meta: fortalecer la industria regional y fomentar las empresas maquiladoras. Al concluir este siglo se aprecia que, en realidad, sólo este segundo objetivo ha sido plenamente conseguido. En efecto, aunque el Plan Chihuahua (1985-1988) pretendía apoyar a la industria maquiladora “con el fin de

desarrollar una industria local integrada y con orientación exportadora” (id: 179), lo cierto es que nunca se alcanzó este objetivo. Al contrario, “no se logró mantener a la planta productiva existente, ni consolidar el crecimiento de la micro, pequeña y mediana empresa como alternativa de desarrollo industrial para el estado”.

El “éxito” de la industria maquiladora ha sido tan contundente que el trazo urbano de Ciudad Juárez ha sufrido la impronta de las empresas maquiladoras, tanto por su ubicación como por la construcción de las vías de transporte requeridas por esas empresas. La proliferación de la maquiladora ha alcanzado ya tales niveles que María Eugenia de la O ha construido una interesante tipología de los patrones de subcontratación generados en Ciudad Juárez. Estos patrones son, el clásico, las maquiladoras filiales y las maquiladoras múltiples. Aunque la fisonomía de las maquiladoras ha variado con el tiempo, lo cierto es que estas empresas foráneas han sabido aprovechar la apertura y los privilegios especiales otorgados por el gobierno mexicano.

De ahí que los resultados inequívocos en la simbiosis protagonizada por el gobierno, la burguesía local y las empresas maquiladoras hayan ocasionado —como en otras regiones del país— la eliminación de las industrias tradicionales o en su conversión en simples abastecedoras. En conclusión, se está ante un caso de desarticulación productiva regional o, en otras palabras, ante un proceso exógeno de industrialización.

Finalmente, el caso de la maquila en Yucatán sólo es aparentemente distinto. Por diversos caminos se llega a los mismos resultados. El crecimiento de la industria maquiladora en la península yucateca se inicia en el año 1982, cuando se instala la primera maquiladora estadounidense. El año clave es 1993, cuando cesa el subsidio del henequén y el gobierno otorga apoyos diversos e indirectos para atraer inversiones al sector maquilador.

La especificidad regional de este proceso “maquilizador” se muestra por medio de múltiples indicadores: en Yucatán, a diferencia de Ciudad Juárez, las maquiladoras emigran desde Mérida hacia las zonas rurales. Aprovechan así el desempleo nacido en las ruinas de CORDEMEX. El gobierno, además, colabora mediante una adecuada planeación pues cada empresa recibe una cabecera municipal y mediante la construcción de oportunos ejes carreteros. Tanta benevolencia oficial es aprovechada por las empresas del este y sur de los Estados Unidos, además de algunas maquiladoras asiáticas, que encuentran en la península de Yucatán un lugar muy accesible por vía marítima y punto intermedio en sus planes de expansión hacia el Caribe.

El resultado lógico es que entre los años 1991 y 1996 se instalan en Yucatán 33 plantas maquiladoras y entre 1997 y 1999 llegaron a la región otras 44. Pero en este trienio se triplicó el número de trabajadores en tales empresas, pues pasó de 8 029 en 1996 a 24 884 en 1999. No hay que olvidar, sin embargo, que en 1993 la nómina henequenera ascendía a 37 000 trabajadores. Por lo tanto, las plantas maquiladoras no han podido absorber todo el desempleo ocasionado por la crisis del henequén.

En definitiva, el perfil manufacturero que presenta actualmente el estado de Yucatán es resultado de dos variables contrapuestas. Por una parte, los intereses del capital foráneo, en concreto estadounidense. 43% de las maquiladoras son de capital mexicano, pero dan empleo a sólo 21% de los trabajadores. Predomina, por tanto, el capital estadounidense y, más en concreto, los consorcios internacionales radicados

en los Estados Unidos. Por otra parte, y a diferencia de Ciudad Juárez, las maquiladoras —en su mayoría de la confección— emigran a las zonas rurales y se instalan a lo largo de aquellos ejes carreteros que fueron expresamente construidos para tales empresas.

No es superfluo mencionar que, a pesar de la derrama económica propiciada en las zonas donde se instalan las maquiladoras de Yucatán, tales empresas han ocasionado el fortalecimiento del sector informal, así como la continuidad del trabajo a domicilio.

Para concluir es necesario subrayar algunos aspectos relacionados con este modelo de industrialización. El principal es el fracaso del cambio estratégico impuesto en México desde la década de los años ochenta. Los tres casos presentados en el libro confirman que en las ruinas del modelo de sustitución de importaciones —supuestamente agotado, como repitió hasta el cansancio la prédica neoliberal— no ha surgido un modelo de sustitución de exportaciones, como es el caso en Corea del Sur o Taiwán. Las empresas maquiladoras, descritas en este libro, vienen a México siguiendo sus propios intereses y estrategias. Por su parte, ni el gobierno mexicano ni las elites empresariales han construido un plan de desarrollo industrial nacional. Las empresas mexicanas, que han logrado sobrevivir, destinan gran parte de su producción a consorcios departamentales de los Estados Unidos. En conclusión, el gran desafío para las elites políticas y empresariales de México consiste en aprovechar la presencia del capital industrial extranjero para construir una auténtica industria nacional. La globalización no puede ser excusa para desnacionalizar el país. Pero sí es preciso reconocer que la tarea no es sencilla. Las maquiladoras de México son parte del proceso de mundialización del capital transnacional, como lo advierte Josefina Morales. Desarrollar la industria nacional significa oponerse a los intereses de la reestructuración neoliberal del capital, según la cual corresponde a la periferia capitalista encargarse de los procesos de ensamble. Con todo derecho Josefina Morales califica a la maquila de México como el eslabón industrial, suponemos que entre el centro y la periferia de la economía-mundo capitalista.

JOSÉ A. ALONSO

